LA IMAGEN DEL ESPAÑOL EN FRAY JUAN DE TORQUEMADA

ROSA CAMELO ARREDONDO

AL INICIAR ESTE TRABAJO ME encontré con que el material que había sido recogido por todos los participantes del seminario, en lo que a mi tema correspondía, era muy poco. Las menciones específicas de Torquemada sobre el español o su imagen, se encontraban muy dispersas o eran muy breves, en contraste con las abundantes que aparecían respecto al indio. Después de la primera reacción de frustración y de envidia ante la copiosa información que otros temas proporcionaban pude ver que, por una parte, esta carencia de referencias específicas no tenía nada de extraña porque la intención del fraile al escribir su *Monarquía,* fue la de dar a conocer la historia y civilización indígenas y la de defender al indio del título de bestial que algunos le habían dado,[1] y por otra, que la pobreza de información era sólo aparente, porque si bien, siendo consecuente con sus fines, la historia trata de los hechos y vida de los primitivos habitantes de los territorios que se designarían como Nueva España, el español es muy importante en la medida en que es factor de cambio. En el momento en que como conquistador y poblador de estas tierras, tiene con el indígena una historia en común se convierte en la causa de un gran número de variaciones en la vida de éste; es el motor que ha puesto en movimiento una serie de mecanismos y cambios que resiente y sufre, recibe y modifica el indio. Es así que cuando Torquemada dice que los naturales fueron explotados, aparece el español como explotador; si los indios fueron convertidos al cristianismo, es el español el evangelizador; si fueron despojados de sus bienes, es el español el despojador. Es de esta manera como refleja que el material se multiplica y la influencia y acciones de los peninsulares pueden verse en un campo más amplio.

[1] Juan de Torquemada, *Veinte y un libros rituales y Monarquía indiana,* 3ª ed. México, Salvador Chávez Hayhoe, 1943, prólogo general y primero de toda la *Monarquía indiana,* vol. I.

Por otra parte, en este encuentro el portador se convierte también en receptor; de su relación con el indígena adquiere bienes, hace méritos ante Dios y ante el rey, se ennoblece, conoce nuevas tierras y utiliza sus frutos. Tenemos pues que el español, por alguna de estas causas, o por todas, se ha transformado sacando provecho de este contacto.

De entrada se puede apreciar que Torquemada posee una imagen unitaria del mundo y de la humanidad. Los primeros capítulos de su historia se ocupan de la descripción del globo terráqueo, del análisis de las diferentes opiniones acerca de su forma, de la existencia de los antípodas y de la posibilidad de que las Indias Occidentales se extiendan hacia el norte. Apoyándose en Aristóteles sostiene la unidad del universo. El mundo es una trabazón del cielo, la tierra y los elementos;[2] en consecuencia es una totalidad. Para aclarar la confusión a que podría prestarse el uso del término "Nuevo Mundo", con el que usualmente se designa a las tierras encontradas por Colón, aclara que esta denominación se debe a que a veces se toma "la parte por el todo, esta tierra de estas Indias llamamos Nuevo Mundo no porque sea diferente, sino porque es parte de él nuevamente conocida . . ."[3] Ha determinado, pues, que es en un solo escenario donde se desenvuelve la vida del hombre, que los indios y los españoles comparten el ámbito en que habitan y que, como va a demostrarlo en el siguiente punto que analiza, ambos pertenecen al mismo género. Para esto repasa con cuidado las ideas más corrientes acerca del origen de los indios, y aunque considera que de acuerdo con ellas no tiene elementos que permitan dar una respuesta definitiva, concluye que existen bases para considerar verdadera la unidad del ser humano y para pensar que fue un error el que sostuvieron muchos sabios de la antigüedad al afirmar que no todos los lugares de la tierra eran habitables. A la unidad geográfica corresponde una unidad antropológica que no puede negarse por el solo hecho de que haya sido desconocida entre los clásicos. Los europeos, por una parte, y los indígenas por otra, han seguido caminos paralelos que en un determinado momento se han unido. Sobre las causas de esta unión hablaremos más adelante; baste por el momento consignar que el encuentro se produjo y que suscitó cambios en la vida de los protagonistas de esta historia.

La repentina relación entre españoles y naturales en el Nuevo Mundo ha venido a detener por un lado, y a acelerar por el otro, la natural evolución que habían llegado a alcanzar las culturas indígenas, como producto que eran de seres humanos y gracias a las cualidades

[2] *Op. cit.*, vol. I, lib. I, cap. I, p. 1.
[3] *Ibid.*, vol. I, lib. I, cap. II, p. 5.

inherentes a la naturaleza del hombre.[4] El primer encuentro fue doloroso y violento porque la conquista trajo guerra, esclavitud y enfermedades, pero agregó al desarrollo alcanzado hasta ese momento los frutos de la civilización universal, que se recibieron a través de España y que permitieron que se salvaran etapas que de otra manera hubieran tenido que recorrerse. Por otra parte, además de que incorporó a estas tierras y a sus habitantes en un todo armónico y totalizante aumentó los conocimientos de los hombres sobre sí mismos.

Por lo que toca a las formas de vida este contacto hizo a los indios víctimas de opresión, explotación y vejaciones.[5] Hay que señalar que Torquemada no considera que éstos desconocieran la explotación y que antes de la llegada de los españoles gozaran de una situación de absoluta libertad, puesto que expresa que es común al hombre oprimir a otros: "pues quitarse riquezas, que es la cuarta maldad, fue muy común a todos, oprimir los pobres, venderlos y tratarlos mal, no guardarles fe, fue cosa usada entre algunos de ellos".[6] Torquemada hace la salvedad de que no sucedía entre todos sino solamente entre algunos, "en especial [entre] los de otras provincias sujetas al imperio y reinos mayores";[7] de forma que sin negar que la explotación existiera, afirma que no fue generalizada y se dio más en otros pueblos que entre los habitantes del valle de México, quienes sin ser la excepción en cuanto a valerse del hombre explotándolo, no alcanzaron modalidades tan duras como las que se vieron después de la conquista. En este sentido sirve de apoyo su descripción de los mercados donde dice que no acuden a comerciar en la cantidad en que lo hacían antiguamente. "Cuando estas gentes eran muchos y estaban más descansados en sus maneras de vivir que lo andan ahora."[8]

La sujeción al dominio de otros señores, el desmedido aprovechamiento de su trabajo, el desconcierto que trajo el conocimiento de otros hombres y de otras formas de vida situaba a los indios en ámbitos en los que se sentían extraños. Su vida social y política estaba destruida. Fue el español quien provocó este cataclismo pero fue también el propio español quien proveyó los elementos que facilitaron de alguna manera su nueva situación. Fray Pedro de Gante se las inge-

[4] Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, selección, introducción y notas por Miguel León-Portilla, México, UNAM, 1964 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 84), p. XL–XLI. *Veinte y un libros rituales y Monarquia indiana*, 4a. ed., introducción de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1969, p. 26.
Edmundo O'Gorman, *La invención de América*. México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
[5] Juan de Torquemada, *op. cit.*, vol. I, lib. IV, cap. CVI, p. 579–583.
[6] *Ibid*, vol. I, lib. IV, cap. CVI, p. 582.
[7] *Loc. cit.*
[8] *Ibid.*, vol. II, lib. XVI, cap. XIV, p. 558.

nió para sacarlos de su marasmo y enseñarles las nuevas técnicas; con su ayuda su vida se hizo un poco más llevadera. Adquirieron armas que les eran indispensables para desempeñar el nuevo papel, porque "si no los aplicara a saber y deprender, según ellos de su natural son dejados y muertos, mayormente en aquel tiempo que estaban como atónitos y espantados de la guerra pasada, de tantas muertes de los suyos y de su pueblo arruinado; y finalmente de tan repentina mudanza y tan diferente en todas las cosas, sin duda se quedaran con las que sus antepasados sabían o a lo menos con dificultad y tardíamente fueran entrando en los oficios de los españoles".[9] El español es aquí enfermedad y remedio; la ambivalencia del español en su relación con el indio es casi total.

Las nuevas técnicas e instrumentos que llegaron a los artesanos "perfeccionándolos en los [oficios] que antes usaban"[10] van siendo señaladas en cada caso. Los plateros hacían trabajos maravillosos pero les faltaban "las herramientas necesarias para labor de martillo";[11] los lapidarios pudieron usar el esmeril,[12] los alfareros aprendieron el vidriado[13] y los entalladores se perfeccionaron mucho.

En otros terrenos estas técnicas no fueron menos importantes: en la agricultura el trabajo se hizo más fácil y "ya los indios se aprovechan de los bueyes y del arado y labran y cultivan la tierra con maña y descanso".[14] La introducción de la ganadería es doblemente digna de tomarse en cuenta, porque además de que les dio la posibilidad del pastoreo, introdujo en su dieta la carne, a la que se aficionaron con rapidez.[15] No dice si los nuevos productos de la tierra les gustaron tanto como la carne, pero sí menciona la utilización de novedosos cultivos como el trigo, las peras, los higos, las uvas, los duraznos, las manzanas y los membrillos.[16] Se incorporaron además objetos que siendo usuales entre los españoles crearon entre los indios nuevos oficios y nuevos mercados, como las sillas de montar, los guadamecíes, la lámina de oro y los bordados.

En el campo que corresponde a la vida cultural también encuentra innovaciones que, como en el caso de la escritura, les ampliaron las posibilidades de comunicación. Los indios tenían una especie de grafía

[9] *Ibid.*, vol. III, lib. XVII, cap. II, p. 211. Formas de trabajo y nuevas técnicas, son estudiadas por Torquemada principalmente en los libros trece y diez y siete, donde al tratar respectivamente, los conocimientos que poseían los indios en su gentilidad y los que adquirieron de los españoles, repite sus observaciones casi textualmente.
[10] *Loc. cit.*
[11] *Ibid.*, vol. II, lib. XIII, cap. XXXIV, p. 487, y vol. III, lib. XVII, cap. I, p. 209.
[12] *Ibid.*
[13] *Loc. cit.*
[14] *Ibid.*, vol. II, lib. XIII, cap. XXXI, p. 481.
[15] *Ibid.*, vol. II, lib. XIII, cap. XXXIII, p. 485.
[16] *Ibid.*, vol. I, lib. I, cap. IV, p. 9.

que no era fija y estable,[17] de manera que cuando aprendieron a leer y escribir empezaron "a escribirse en su lengua y entenderse y tratarse por cartas, como nosotros, lo cual antes tenían por maravilla, que el papel hablase y dijese a cada uno lo que el ausente le quería dar a entender".[18] En música también el horizonte se ensanchó, ya que adquirieron el conocimiento de su transcripción y de instrumentos ignorados que pudieron tocar y fabricar.

Hay en Torquemada una visión positiva acerca de los conocimientos que los españoles sumaron a los que poseían los indios. Se encuentra en su narración la conciencia de que en España se manejaban técnicas más avanzadas y que el haberlas compartido y el haber enriquecido la botánica y la zoología del Nuevo Mundo es a todas luces un elemento favorable que aportó la dominación española. La presencia de los españoles ha traído mayores trabajos, nuevas técnicas artesanales, cambios en la alimentación y diferentes formas de comunicación que han servido al indio para hacerle menos dura la sujeción que ahora sufre. Primero se le dominó y se le explotó, y después se le dieron los medios para que esta explotación fuese más llevadera. No se encuentra, en suma, un beneficio mayor que el de salvar etapas que a la larga se hubieran llegado a cubrir, y de aminorar un exceso de trabajo que antes no existía.

En cuanto al gusto y la apreciación de la belleza, nuestro fraile ve un cambio notable; las mudanzas introducidas en la vida del indio han trocado su manera de apreciar las formas humanas. Para Torquemada la capacidad de captación de la belleza existe en función de un género de vida que la trasciende, como lo señala cuando dice: "así como rostros y cuerpos de hombres y mujeres no los pintaban al natural, antes algunos tan feos que parecían monstruos; que parece que permitía Dios que las figuras de sus cuerpos se asimilasen a las que tenían sus almas, mas después que fueron cristianos y vieron nuestras imágenes . . . se pulieron mucho y no hay cosa que no hagan".[19]

Aquí se introduce un elemento que se mueve en otro nivel, que se dirige hacia otro plano, el del alma. El alma de los indios era fea, como las figuras monstruosas que sus manos pintaban. ¿Han venido los españoles a embellecerla? Si se particulariza no, o al menos no todos; algunos, por el contrario, introdujeron vicios que los indios no tenían. El mal es contagioso; cuando por la convivencia vieron las maneras de comportarse de muchos españoles los imitaron y los "han tenido . . . por dechado y ejemplo, de donde se sigue, que el bueno,

[17] *Ibid.*, vol. I, lib. I, cap. XI, p. 30.
[18] *Ibid.*, vol. III, lib. XVII, cap. III, p. 213.
[19] *Ibid.*, vol. II, lib. XIII, cap. XXXIV, p. 487, y vol. III, lib. XVII, cap. I, p. 209.

o el mal ejemplo, que se da en cosas que se hacen son los buenos y malos medios con que se vive mal o bien en una república".[20] Los pobladores no han sabido estar a la altura de su inmensa responsabilidad moral y han mostrado que viven muy alejados del modelo de vida de un verdadero cristiano.[21]

Los indígenas, que por naturaleza son pacíficos, empezaron a reñir y a llegar a las manos en sus diferencias, por la influencia de los peninsulares, Torquemada subraya que en la mayoría de los casos esto sucede con los educados entre españoles o con los que están borrachos. La tendencia a la ira del español ha liberado por imitación la violencia del indio; la embriaguez ha sido un poderoso auxiliar. Este pecado que en su gentilidad no cometían, ha hecho presa en ellos debido a que sus gobernantes perdieron el poder y se les dejó de castigar por ingerir bebidas embriagantes. Las consecuencias de su adquisición han sido grandes; frecuentemente provoca que se caiga en otros vicios, como el de la ira o el de la sensualidad. De esta manera el dañino ejemplo de los españoles logró que se introdujera el mal en campos donde estaba desterrado; que virtudes que existían en la gentilidad se perdieran y que se cayera en vicios que antes no se daban. En este terreno la imagen del español deja de ser la portadora de adelantos, y lleva al mundo en que se introdujo a un retroceso, muy grave porque toca a costumbres morales. El indio iracundo, borracho, sensual y ladrón, es producto del contacto con los españoles y de la imagen que trasmiten éstos. En el terreno que corresponde a las almas de los indios y de los españoles hay una correlación de igualdad. Los indios pueden perder sus almas siguiendo el mal ejemplo de los españoles; los españoles pueden perder las suyas dando malos ejemplos a los indios. El alma de los naturales, que era fea, tal como puede verse reflejada en su arte, se ha embellecido por la influencia española, o más bien dicho: ha sido colocada ante la posibilidad de adquirir la belleza a la que todo hombre libremente puede aspirar. Pero la misma influencia española pone escollos al logro de la belleza, con el beneficio de la libertad que en el terreno del albedrío adquirieron, se puso a los indios en ocasión de que cometieran pecados que por ordenamientos de sus antiguos gobernantes antes tenían prohibidos. Hay en esto una seria responsabilidad a la que deben enfrentarse los españoles y que no es cualquier cosa, porque, como dice el franciscano citando a San Gregorio "el que vive mal entre la gente común del pueblo, no sólo se hace mal a sí mismo, sino también a los otros,

[20] *Ibid.*, vol. III, lib. XVII, pról. p. 207.
[21] *Ibid.*, vol. III, lib. XV, cap. XVIII, p. 44 y lib. XVII, cap. XXII, p. 280.

en cuya presencia comete los males, porque es como quitarles la vida y darles la muerte".[22]

Se hace necesario ahora establecer una división que en Torquemada no se encuentra señalada pero que para los fines de este trabajo es indispensable. El español aparece a veces como representante de un grupo, de una nación; ése sería el caso que corresponde a las técnicas, donde es muy clara la generalización. Aunque después señale que fue fray Pedro de Gante quien enseñó muchas de ellas para Torquemada fueron los españoles, como grupo, quienes trajeron las nuevas técnicas. En cambio, por lo que toca a las costumbres morales nuestro fraile principia generalizando y termina individualizando; la llegada de los españoles permitió ciertos cambios que en general son buenos, pero algunos de ellos los han echado a perder con sus malos ejemplos. Lo que como grupo han hecho pudo dañarse por acciones individuales. En este caso los españoles salen perdiendo en su relación con el indio porque lo que arriesgan es muy grave, ni más ni menos que su salvación. Cuando Torquemada hace la salvedad de que sólo son algunos, de que hay otros que dan buenos ejemplos que sirven de contrapeso a los primeros se refiere a individualidades y volvemos a encontrar así al español ambivalente. Por un lado ejemplo funesto, tan funesto que considera un "yerro bien dañoso para la cristiandad de estos indios y para su conservación;... no hacer luego pueblos formados de españoles donde vivieran por sí, sin revolverse con los indios",[23] porque "con la frecuente comunicación, se vinieron a malear, tomando las ruines costumbres, que veían en algunos (y eran los más comunes, por ser la gente española, que está entre los indios, por la mayor parte, ordinaria, y pobre) y no toman los buenos de otros (que siempre los hay tales entre ellos)".[24] Por el otro lado, ejemplo bueno, aunque no tan común. Los primeros franciscanos fueron modelos ejemplares que "edificaban tanto los indios y quedaban tan satisfechos de la vida, y doctrina de aquellos pobres frailes menores, que no dudaban de ponerse totalmente en sus manos, y regirse por sus saludables amonestaciones y consejos . . . "[25] Se sigue en el terreno de una relación personal. Los españoles dan mal o buen ejemplo, los indios lo reciben, los indios se salvarán si viven de acuerdo con los preceptos cristianos, los españoles también. Cada quien es responsable de su salvación, aunque su ejemplo puede influir en otros, y dar mal ejemplo entre nuevos cristianos es muy grave, los que así se dejan influir son

[22] *Ibid.*, vol. III, lib. XVII, pról. p. 207.
[23] *Ibid.*, vol. III, lib. XVII, cap. XXII, p. 280.
[24] *Ibid.*, vol. III, lib. XVII, cap. XXII, p. 281.
[25] *Ibid.*, vol. III, lib. XV, cap. XXXVII, p. 103.

responsables de haber aceptado el mal ejemplo. La interrelación es de hombre a hombre, pero también se establecen otras relaciones: la que se presenta con un grupo, los franciscanos, y la que se da entre dos naciones: la española y la indígena. Aquí, la nación española tiene el papel bueno y la nación indígena el malo. Si en lo moral los españoles individualmente han dado malos ejemplos, explotando indios, matando, etcétera, un grupo de ellos, organizado para este fin les ha hecho contrapeso y así la nación española ha tenido un desempeño saludable, porque ha puesto al indígena ante la libertad de escoger entre salvación o condenación. En el México prehispánico esta libertad no existía porque como adoradores del Demonio estaban irremisiblemente condenados al infierno, no tenían posibilidad de elección, en pocas palabras eran prisioneros del mal. La nación española trajo a los pueblos indígenas este tipo de libertad, a cambio de la sujeción física, es verdad, pero en comparación el valor de la primera es sin duda mayor.

En relación al sentido nacional que tiene la conquista para los españoles, es necesario volver a su concepción unitaria del mundo y de los hombres. El mundo es uno. Por causas que trascienden al hombre, una parte de la humanidad había desconocido la existencia de la otra parte; un día ambas se conocieron; las causas de ese conocimiento las sabe Dios. Desde su carta nuncupatoria[26] Torquemada deja establecido que toda acción, todo cambio, todo hecho, se produce por la voluntad de Dios. Si ésta no se hubiera expresado el Nuevo Mundo hubiera permanecido oculto, quién sabe cuantos años más.

La manera en que las Indias Occidentales se revelaron al conocimiento de los europeos, no deja ninguna duda de que esta voluntad se expresó con prístina claridad. Por una parte se subraya la intervención divina y por la otra la suprema predilección por los Reyes de España. Al aceptar la noticia recogida por Oviedo[27] de que Colón recibió, de un náufrago que murió en sus brazos, la información de que navegando hacia el Occidente se encontraban unas tierras, fray

[26] "Carta nuncupatoria a la sacratísima magestad del rey del cielo Dios Nuestro Señor", vol. I.

[27] Aunque a todo lo largo de su obra se encuentran dispersas afirmaciones que apoyan este dicho, es en el lib. XVIII, donde la tesis está completamente elaborada. Es pertinente señalar en lo que a este libro toca, que está tomando casi textualmente de la *Historia* de Mendieta, como lo prueba el cotejo que hizo D. Joaquín García Icazbalceta en: Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, 2ª ed. Salvador Chávez Hayhoe, México, s. f. Pero como el criterio que se ha adoptado en este Seminario es que si escogió el dicho de Mendieta de entre otros, es pertinente suponer que participaba de las ideas que consignó en su obra, nos referimos a las ideas que se encuentran en la *Monarquía* como propias de Torquemada. Sobre este punto en Mendieta, véase John Leddy Phelan. *El reino milenario de los franciscanos*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1972.

Juan hace hincapié en lo misterioso del personaje, de quien no se llegó a saber la procedencia ni el origen, lo cual señala la posibilidad de un milagro. "Pudieron ser llevados y regidos por algunos ángeles para el efecto que se siguió . . ."[28] que fue la expansión del catolicismo en grandes territorios donde no se practicaba y la conversión a él de infinidad de idólatras. El universo católico, momentáneamente disminuido por la Reforma, se ensanchaba, y se hacía oír el evangelio en tierras donde nunca se había predicado. Los indígenas, que por misteriosos designios de la Divinidad, no habían sido conocidos por el resto de los habitantes del orbe, se incorporaban, bajo la guía de los soberanos españoles, a un mundo que llegaría a la unidad en un tiempo tal vez no muy lejano, cuando uno de los descendientes de los Reyes Católicos volvería al redil de la verdadera religión a los que por el momento se encontraban apartados de ella y coronaría la tarea de convertir a todo el orbe.

En la labor de llevar adelante la consumación de esta unidad, España y sus hombres se han visto comprometidos; se han avocado empeñosamente a ella porque son conscientes del papel que la Divinidad les ha señalado en la conquista de las Indias Occidentales, que es el de poner a sus habitantes dentro de la órbita de la cultura católica, que en ese momento tiene a su máximo representante en la nación española. En esta empresa nacional son los frailes quienes reciben sobre sus hombros el peso mayor por lo que toca a cumplir con la evangelización, porque como se ha visto muchos de los españoles no solamente no ayudan sino que son obstáculo para la feliz consecución de este fin.

El encuentro entre españoles y naturales fue algo terriblemente doloroso; un momento aterrador por el que tenían que pasar los indios como castigo por sus "exorbitantísimos" pecados. La fuente principal de que provenían eran las religiones indígenas, que inventadas por el Demonio como espantosos remedos de las formas de adoración al verdadero Dios, además de estar señaladas desde su diabólico origen por el signo de lo abominable habían llevado a los indios a la práctica de los sacrificios humanos y de otras monstruosas desviaciones. Los sacrificados sufrían una suerte siniestra, porque pasaban del sufrimiento que tan terrible muerte les producía al eterno dolor del infierno,[29] de manera que al castigar Dios a estos pueblos con la conquista española, demostró su benevolencia, porque no permitió que fueran destruidos totalmente y que al morir sin gracia fueran condenados al infierno, y su bondad, al permitir que quedaran algu-

[28] Torquemada, *op. cit.*, vol. III, lib. XVIII, cap. I, p. 248.
[29] *Ibid.*, vol. II, lib. VII, cap. XVII, p. 114 y cap. XIX, p. 117.

nos vivos, para que pudieran salvarse de la eterna condenación cuando se convirtieran al cristianismo.[30]

Fue pues, la conquista, con todos sus sufrimientos, el medio por el cual miles de hombres tuvieron la oportunidad de salvar sus almas en la eternidad y de incorporarse a la cultura occidental adoptando sus formas, pero fue también el castigo que recibieron estos pueblos por su sometimiento al Demonio, por la ignorancia de Dios en que habían vivido tantos siglos.

El cristianismo, núcleo del que emanaron todos los elementos de las nuevas formas de vida que van a introducirse,[31] actúa entonces a dos niveles, en las formas de vida cotidiana, y en la vida del alma. Haciendo resaltar siempre que la meta suprema fue la introducción del evangelio, porque era el fin que Dios se proponía cuando eligió a los españoles para lograr el encuentro,[32] feliz para los indígenas que quedaron con vida, la afirmación más importante de Torquemada que trasciende cualquier consecuencia terrena es la de que éstos, por fin, iban a cumplir con el destino para el que habían sido creados; llegar al conocimiento de Dios y formar parte de un mundo en el que los hombres pueden lograr una vida plena viviendo para la salvación de su alma.

La conquista con todas sus crueldades, horrores y despojos fue castigo misericordioso, medio para que unos seres, hombres como los demás, fueran conocidos del mundo y lograran, después de muchos siglos de ser el reino del Demonio, convertirse en parte integrante del reino de Dios. Si para un cristiano la salvación es a lo que el hombre, durante toda su vida ha de tender, es natural que Torquemada, al analizar el desempeño de esta tarea nacional considere muy grande su responsabilidad y subraye que entre todos fueron los frailes quienes la recibieron con mayor conciencia y se avocaron a cumplirla de lleno. De aquí la importancia que en su obra tiene la evangelización; a ella, Torquemada dedica seis libros, del decimoquinto al vigesimoprimero. Dentro de este designio glorioso, su orden, la de San Francisco, supo alcanzar niveles de gran santidad. Hasta el momento en que escribe hay algunos que siguen cumpliendo fielmente con este empeño a pesar de todos los obstáculos que en su camino han encontrado; porque también aquí deben sortear trabas que los españoles les ponen. Son dificultades que tienen su origen en campos extraterrenales, campos en los cuales están acostumbrados a moverse, pero que no por esto dejan de hacer más difícil su tarea. Los españoles todos, bajo la di-

[30] *Ibid.*, vol. I, lib. IV, cap. CVI, p. 282–283.
[31] *Ibid.*, vol. III, lib. XVI, pról. p. 136–137.
[32] *Ibid.*, vol. III, lib. XVIII, cap. I, p. 283–285.

rección de su rey, están participando en una guerra; han tomado sus armas, sean las de la conquista o las de la predicación, para alinearse a las órdenes de Dios; están tomando parte, consciente o inconscientemente, en la ancestral contienda entre Dios y el Demonio, uno de cuyos episodios es la evangelización de las Indias. Un campo en el que el Demonio reinaba libremente porque valiéndose de un monstruoso engaño había conseguido suplantar a Dios en la adoración de los naturales, estableciendo su reino en estas tierras muchos años antes de que fueran descubiertas. Este reino había sido finalmente destruido por la conquista, pero el Demonio no iba a ceder y usaba todas sus artes de Rey de este mundo apoderándose de los corazones de muchos españoles para poner trabas al logro de la cristianización. En esta etapa se enfrentaron españoles a españoles y detuvieron la marcha, en un principio tan acelerada, de la evangelización.

Vuelven éstos así a jugar su doble papel: por una parte portadores de la buena nueva, por la otra obstaculizadores de su difusión. Los obstáculos llegaron a funcionar a nivel oficial, porque el Demonio logró colarse hasta el Real Consejo de Indias y cortar la comunicación que en un principio existió entre los frailes, en este caso franciscanos, agustinos y dominicos y la corona.

Algunos españoles que vivían en la Nueva España eran mal ejemplo para los indígenas, los explotaban y no se preocupaban por su salvación; esto se había podido remediar con medidas que se tomaban a propuesta de las tres órdenes religiosas que tenían reuniones periódicas donde se discutían los problemas de la evangelización y de las que salían sugerencias a la Corona. De esta colaboración surgió una serie de disposiciones buenas para la salud espiritual y temporal de los indios pero "viendo (el Demonio) que estando el cordón torcido, era dificultoso de romper, (según Dios lo tenía dicho) dio orden como, se destorciese y cada ramal quedase por su parte. Y para este efecto, tomó por instrumento algunas personas del Real Consejo, en tiempos pasados, dándoles a entender, no era bien, que los frailes tuviesen tanta mano ni tanto crédito con el rey".[33] Por otra parte, hubo gente que se encargó de hacer notar las diferencias de intereses que entre las órdenes podía haber, y esas juntas no volvieron a funcionar. "Adviértase, pues (digo yo ahora), la paliada cautela, que el astuto Demonio buscó para destorcer y desbaratar el funículo triplex, por medio de aquellos hombres; pues es cierto, que cuando tan graves padres se juntasen no había de ser para tratar intereses propios, sino sólo lo que tocaba a la conservación, y cristiandad de los indios . . . "[34] Es

[33] *Ibid.*, vol. III, lib. XVII, cap. XXI, p. 277.
[34] *Ibid.*, vol. III, lib. XVII, cap. XXI, p. 278.

verdad que los que con su intervención lograron que esta forma de participación de las órdenes desapareciera recibieron castigo de Dios, pero de cualquier manera el mal ya estaba hecho, y aunque hace un llamado a Felipe III y trata de no enojar al Consejo de Indias aclarando que fueron algunos y no todos, volvemos a encontrarnos con el doble papel de los españoles; por una parte vehículos de salvación, por otra obstáculos para lograrla. Por un lado oportunidad de conocimiento de Dios, por otra castigo divino.

La evangelización, que marchó al principio como sobre una balsa de aceite: frailes ejemplares, multitudes de indios que se lanzaban a su paso para suplicarles el bautismo y la construcción de un convento en sus respectivos pueblos, los reyes que consultaban con las órdenes religiosas acerca de los pasos que sería conveniente dar en la organización del gobierno, cuidadosos de no entorpecer el buen éxito de la empresa, toda esta situación que enfrentaba al reino del Demonio el reino de Dios se ha perdido; las aguas han vuelto a su cauce, ni blanco ni negro, indios y españoles, cristianos viejos y cristianos nuevos se enfrentan como individuos, como el resto de la humanidad a la lucha diaria por su salvación. Todos se pueden salvar y todos se pueden perder; la responsabilidad nacional, la responsabilidad de grupo, se ha cumplido, salvo en el caso de los religiosos que como tales continúan en su lucha. Al resto queda la tarea responsable y personal de su salvación, aunque tal vez sea mayor para el español de Nueva España porque los nuevos cristianos son como niños a quienes puede dañar más que a otros un mal ejemplo, pero tienen también mayor posibilidad de gloria porque un buen ejemplo encuentra más cantidad de sujetos de edificación. El indio tiene una carga mayor de sufrimientos pero ha adquirido una opción que no tenía antes, la opción más importante para cualquier hombre: la de alcanzar otra vida después de la muerte.